

LOS IMAGINARIOS SOCIALES EN EL MITO, LA RELIGIÓN Y EL CONOCIMIENTO POSITIVO

*Gustavo Pinzón Sánchez

Introducción

En la tradición académica de la sociología, desde los clásicos del siglo XIX y principios del XX hasta los postclásicos contemporáneos, el tema de la “comunidad y la sociedad, lo tradicional y lo moderno, lo primitivo y lo civilizado, el campo y la ciudad, lo rural y lo urbano” ha permanecido en la base de sus discusiones epistemológicas que tratan de comprender e interpretar las múltiples formas de organización social, las que subsisten en sus diversas manifestaciones de conservación, transición, hibridación y cambios.

La riqueza de la multiplicidad de sociedades y culturas es la expresión empírica más fehaciente del colapso del proyecto monolítico de “una modernidad” que se concretaría en el tercer estado, cuya característica singular es la consolidación del desarrollo científico tecnológico, que ahora se caricaturiza con el fin de la historia, de Fukuyama, y la aldea global del mercado en el modelo Neoliberal, en un acto de exhumación de los restos positivistas del otrora tan vilipendiado por los críticos liberales y tan amado por los conservadores amigos del orden y el progreso: Augusto Comte.

Comte planteó la ley de los tres estados por los cuales atraviesa la historia del espíritu humano:

“La primera fase es la mitológico-teológico, en la que el hombre hace depender los fenómenos naturales de la voluntad de poderes personales superiores. La segunda fase consiste en un período metafísico, en el que se sustituye el antropomorfismo del primer tiempo por entidades abstractas denominadas fuerzas, esencias, naturalezas intrínsecas, formas o almas. En la tercera fase, el período positivo, conoce el hombre finalmente cuál es la misión y esencia del saber humano. Ahora se limita este saber a lo “positivamente dado”, es decir, lo que es aprehensible en la experiencia sensible externa e interna, y realmente se nos da de un modo “inmediato”. Esto es ya realidad y no ficción”.¹

En el estado mitológico-teológico los dioses son materializados en los elementos de la naturaleza: el sol, la luna, las estrellas, el agua, o en héroes antropomorfos que por sus acciones alcanzan el nivel de dioses, o animales y plantas que se convierten en los símbolos totémicos que explican el origen de los hombres. Las

¹ Hirschberger, Johanés. Historia de la Filosofía. Tomo II. Barcelona, Editorial Herder, 1981. pág. 345-347

* Sociólogo, Magíster Sociología de la Cultura, Universidad Nacional, Bogotá. Profesor Facultad de Ciencias Humanas y Bellas Artes. Universidad del Quindío. Director Centro de Estudios e Investigaciones Regionales CEIR. Universidad del Quindío

sociedades que se encuentran en estas condiciones se caracterizan por sus creencias religiosas politeístas.

En el estado metafísico “Dios” (con mayúscula) es una abstracción onnipotente y única que le da explicación a todo; a lo celeste y lo terreno, a lo divino y lo humano, al saber y la ignorancia, a la moral y la ética; de tal manera que rige el destino pasado, presente y futuro de todos los creyentes en las religiones monoteístas. Un caso típico de esta cosmovisión es el cristianismo y todas sus vertientes católicas y protestantes, cuya figura antropomorfa de Jesús –Cristo es el hijo de una relación mágica entre un Dios inmortal y la Virgen María, una mujer mortal.

En el estado positivo o tercer estado, las explicaciones del mundo de la vida se fundamentan en la experiencia, los asuntos del hombre son terrenales y humanos; en consecuencia, no es posible entenderlos a partir de mandatos celestiales y divinos; aquí la ciencia y la tecnología son las encargadas del progreso y de la resolución de los enigmas existenciales del hombre; sin embargo “es bien claro que la ley de los tres estados no es precisamente una comprobación histórica, sino una anticipación teórica; la gran metafísica medieval no eliminó, sino que apuntaló la teología, y la ciencia moderna ha convivido cómodamente con la filosofía y la religión”²

Es preciso aclarar que las reflexiones que voy a plantear sobre los elementos culturales e ideológicos en las sociedades tradicionales y los elementos ideológicos y culturales en las sociedades modernas, son consideraciones metodológicas que nos permiten comprender e interpretar (Verstehen) las múltiples y originales formas de vida de los grupos humanos.; para ello es menester acudir a los conceptos de los autores clásicos y a referencias empíricas en las que se manifiestan tales cosmovisiones.

Si asumimos la ley de los tres estados de Comte como categorías que pueden orientar la descripción empírica de los fenómenos sociales, y no como una línea evolutiva histórica por la que inevitablemente pasarían todas las sociedades, poniendo como telos el tercer estado positivo en el que se consolida el conocimiento experimental y racional propio de la ciencia y la tecnología, podemos percatarnos de la utilidad de los conceptos con los que se denomina la ley, para observar la amalgama de formas simbólicas que se entrecruzan entre el mito, la religión y el conocimiento positivo en todas las sociedades.

El error de Comte fue haber considerado los conceptos como fases correspondientes a una evolución histórica ascendente, de tal manera que la tercera fase es la meta a la cual deben aspirar todas las sociedades; quizá planteó esta ley para la moderna sociedad Francesa de su época, pues sus vecinos

² Ibíd. Pág. 348.

Europeos, incluyendo los más cercanos, España e Italia, estaban bajo la influencia católica cristiana, y Alemania se había asimilado al cristianismo protestante; aunque de hecho Francia no se había desligado, como tampoco lo están ahora otros países europeos, entre ellos Inglaterra, en el que permanecen los residuos simbólicos de *ancien régime* expresados en la monarquía católica como resagos feudales que se mantienen incólumes en varios países del antiguo continente que abrazaron con entusiasmo los postulados de la modernidad.

1. Estado mitológico-teológico

En los grupos humanos que se hallan en la fase mitológico-teológica o que aún conservan mitos, ritos y costumbres y cuya organización social funciona con la lógica de los mitos como relatos centrales que le dan sentido a sus formas de producción y a su vida cotidiana, nos topamos con que la cultura está orientada por una “acción racional con relación a valores” (Max Weber)³; estos valores están implícitos en cada uno de los actos cotidianos, en el trabajo, en los mitos, en los ritos, en las relaciones cara a cara, en la alimentación, en el vestido, en la transformación de algunos elementos del entorno para convertirlos en bienes de uso doméstico o decorativos,- y en las normas de hecho que regulan el comportamiento de todos los integrantes de estas comunidades.

Aquí el concepto de comunidad lo utilizamos en su significado epistemológico original, que nos permite comprender e interpretar a los grupos humanos cuyas formas de organización se caracterizan por mantener lazos de cohesión social propios de la “solidaridad mecánica o por similitudes” (Emile Durkheim)⁴; quizá por esta razón el concepto de cultura ha sido un patrimonio de los antropólogos, quienes ubicaron como objeto de estudio a aquellas organizaciones sociales con formas de producción tradicionales: comunidades indígenas, negras, campesinas o pequeñas comarcas y pueblos fuertemente cohesionados.

Pero las relaciones de cambio, las transformaciones e hibridaciones de las sociedades tradicionales con las sociedades modernas, han modificado sustancialmente la cosmovisión de unas y otras; hallamos elementos propios de un conocimiento positivo en las llamadas sociedades elementales, sólo que no se rigen por las recetas positivistas de la “metodología de la investigación científica”.

Un caso que corrobora la anterior afirmación se presenta en los indígenas Wayúu, quienes tienen una manera muy particular y acertada para calcular los ciclos menstruales y el transcurso del embarazo:

³ Weber, Max. Sobre Algunas Categorías de la Sociología Comprensiva. En: Ensayos Sobre Metodología Sociológica. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1982. Pág. 189-201.

⁴ Durkheim, Emile. La División del Trabajo Social. Shapire Editor, Buenos Aires, 1967. Pág. 67-117.

“El día que a la mujer le llega la primera menstruación o el día que deja de llegarle porque está embarazada observa la posición de la luna, y cada vez que ésta se encuentre en la misma posición, esperará nuevamente su período menstrual; o contará los meses de embarazo a partir de Kashí - Luna; wane Kashí, un mes lunar; piamá Kashí, dos meses lunares, y así sucesivamente hasta llegar a los mekiezar Kashí, nueve meses lunares de embarazo.

Esta manera de calcular el tiempo de la menstruación y el embarazo es exacta, si tenemos en cuenta que el ciclo menstrual de la mujer es de 28 días y el período de embarazo se cuenta por cuatro semanas, equivalentes a un mes; la semana tiene 7 días, entonces son 28 días, los que equivalen también al ciclo lunar, que es de 28 días y tres horas”⁵

Esta cita es sólo un caso particular; pues también podríamos mencionar las investigaciones de Malinowski, Lévi-Strauss, Pierre Clastres, y las verificaciones empíricas sobre los rigurosos conocimientos de Arquitectura e Ingeniería plasmados por los Arhuacos y los Koguis en la “Ciudad Perdida” de la Sierra Nevada de Santa Marta.

Pero en las sociedades modernas pertenecientes al tercer estado aún subsisten rituales y cosmovisiones propias del primero y segundo estados. Y no solamente permanecen sino que además han retomado y asimilado algunos saberes de las sociedades tradicionales; la aceptación de la acupuntura, la homeopatía y la bioenergética en algunos sectores importantes de las corrientes de la medicina alopática es un ejemplo acertado de este fenómeno.

La celebración de los mitos, los ritos y las fiestas en las sociedades tradicionales son acciones racionales con relación a valores, que los convierte en acontecimientos sociales donde se manifiestan los valores que integran y le dan sentido de pertenencia a los miembros que las constituyen. En síntesis,

“El mito no es exactamente una creencia y aún menos un acto de fe, sino que constituye la experiencia cotidiana, el imaginario vivido, el modo de relación de los hombres consigo mismo, con el mundo y con los otros”.⁶

Los ritos son la expresión simbólica materializada de los actos que se consideran como sucesos que merecen ser celebrados: la llegada de las lluvias, cambios en las fases de la luna, la aparición de las estrellas que marcan los cambios climáticos, el nacimiento de un nuevo miembro en el grupo clanil, un rito de iniciación, un matrimonio o una muerte.

⁵ Pinzón S., Gustavo. Incidencia del Industrialismo en la Cultura Indígena Guajira. Barranquilla, Revista Huellas, Universidad del Norte, No. 28, 1990 Pág. 65.

⁶ Ansart, Pierre. Ideologías, Conflictos y Poder: El Imaginario Social. Editorial Altamira, Montevideo, 1993. Pág. 95.

Es posible que algunos ritos se lleven a cabo con cierta periodicidad porque se corresponden con un tiempo cosmológico o ecológico que tiene un comportamiento regular, pero siempre hay un motivo cultural que cohesiona en la solidaridad mecánica a los integrantes de las comunidades:

“El mito guarda ciertamente la más estrecha correspondencia con todas las articulaciones sociales y todas las prácticas: desde este punto de vista la experiencia mítica no debe confundirse ni con la experiencia religiosa ni con la experiencia ideológica; pero el mito no es sólo ese calco significativo inmanente a toda la práctica”⁷

2. El estado metafísico

La segunda fase consiste en un período metafísico, en el que “se sustituye el antropomorfismo del primer tiempo por entidades abstractas denominadas fuerzas, esencias, naturalezas intrínsecas, formas o almas.” (Comte).

En el mito, los imaginarios antropomorfos no se refieren exclusivamente a seres humanos físicos, pues esta dimensión también se le asigna a otros seres naturales. Para los indígenas *Wayúu Kashi*- Luna es nuestro padre, la *Tierra-Mma* es nuestra madre, un conejo puede ser un sobrino o un nieto, un árbol es su hermano, *Juyá* – Lluvia es un ser hipermasculino, de tal manera que el imaginario teológico del mito tiene representaciones naturales politeístas en el mundo de la vida comunitaria *Wayúu*

Las sociedades organizadas alrededor de entidades abstractas, esencias o almas pueden comprenderse o partir de sus imaginarios metafísicos expresados fundamentalmente en las religiones idealistas, en las cuales la figura antropomórfica siempre es un elegido, un profeta que se convierte en emisario en tanto que es un iluminado o un hijo de Dios – Jesús – Cristo es un ser de estas características, que nace de la unión de un Dios inmortal abstracto sin representación física, con una mujer mortal -. Pero es el Dios (con mayúscula) la máxima abstracción, quien lo explica todo apoyado en su hijo – profeta elegido; así las religiones idealistas convierten a sus adeptos en fieles creyentes que asumen su práctica religiosa como un incuestionable acto de fe, de tal forma que los preceptos divinos se incorporan y permean umbrales existenciales de los feligreses.

El rito es la expresión simbólica del mito en las sociedades mitológico-teológicas. Ya dijimos que el rito es un acto racional con relación a valores, en tanto que se realiza para celebrar los acontecimientos vitales que le dan fuerza al universo simbólico de las comunidades primitivas.

⁷ Ibíd. Pág. 100.

El culto es la expresión simbólica de las religiones monoteístas en las sociedades regidas por entes abstractos; el culto se convierte en rito sólo en aquellos eventos que son universales para todas las culturas: el nacimiento, el matrimonio y la muerte; por lo demás, la programación de las misas en el catolicismo y los cultos en el protestantismo sin que haya un motivo esencial de conmemoración, se corresponden con una acción racional con relación a fines que son propios de la ideología de la calculabilidad del tiempo para la producción, para el culto y para el descanso.

La jornada de trabajo de lunes a sábado para los católicos, dejando especialmente el domingo para asistir a misa, y de lunes a viernes para los protestantes, reservando el sábado y el domingo para el culto, se acomoda perfecto a los intereses de la racionalidad económica capitalista; también se realizan misas y cultos todos los días de la semana en horarios previos o posteriores a la jornada obligada de trabajo. El manejo del tiempo en las sociedades mitológico – teológicas es por completo distinto al manejo calculado del tiempo en las sociedades guiadas por la religión metafísica tradicional y por los postulados positivistas del conocimiento:

“Los Wayúu, vinculados al trabajo del industrialismo, no podrán asistir con libertad a las fiestas y ritos; si lo hacen les descontarán estos días, o simplemente serán despedidos. En un velorio, por ejemplo, pueden pasarse hasta un mes en el cementerio acompañando al muerto y a sus familiares sin tener que preocuparse por la alimentación o por el trabajo, ya que en el velorio se sacrifican los animales pertenecientes al difunto y se reparte la carne entre los asistentes, o éstos llevan comida suficiente, arman los ranchos alrededor del cementerio y allí pueden quedarse hasta que termine el velorio”.⁸

Un fenómeno social relevante en los imaginarios colectivos son las relaciones de hibridación que se manifiestan en la construcción de mitos y ritos a partir de la religión y el culto. Antaño, en muchas regiones rurales y urbanas de Colombia, pero ante todo rurales, los campesinos han recreado los cultos religiosos con la elaboración de leyendas míticas que relatan las desgracias de personas que no respetaron las prohibiciones de comer carne roja, apostar en juegos de azar, bañarse, nadar, cortar un árbol en los días jueves y viernes santos de la semana mayor. Cuentan que muchas de estas personas se ahogaron en los ríos, se quedaron torcidos bañándose, el diablo se les presentó en los juegos mimetizado como una tahúr cualquiera para luego espantarlos con su feroz y azufrada presencia; al árbol que cortaban con el primer hachazo le salió sangre o el hacha fue a incrustarse en una pierna del leñador, etc., todo esto por violar las interdicciones mitológicas derivadas de los cultos divinos religiosos del cristianismo.

⁸ Pinzón. Op. Cit. Pág. 67.

3. El estado positivo

En el período positivo el hombre se limita a lo positivamente dado, es decir, a aquello que es aprehensible en la experiencia sensible externa e interna y que en la realidad se nos da de un modo inmediato; esto es ya realidad y no ficción (Comte).

En esta fase el hombre se liberaría de la mitología de las sociedades tradicionales y del oscurantismo de las religiones metafísicas para darle paso al iluminismo. Es la ruptura epistemológica que se convierte en metáfora, en el cambio del sentido, por el transcurso del siglo de las sombras al siglo de las luces. La luz es un imaginario simbólico reiterativo que denota la vinculación con el saber en todas las culturas como referencias al sol la luna y las estrellas en las sociedades primitivas que ahora regresan en las figuras de los semioscuros o semi-iluminados astrólogos de “La Nueva Era”,- fenómeno *sui generis* incluso en las sociedades que creen estar ad portas de la postmodernidad. Un ejemplo de esta naturaleza es la astróloga de confianza de la familia Reagan.

El mito de la caverna en Platón, donde el conocimiento pleno lo adquieren sólo quienes habitan en la claridad de la luz del sol; Prometeo encadenado le roba a Zeus el fuego, la luz, para entregársela a los hombres; la tenue pira de las pequeñas veladoras en las sombrías iglesias católicas, unidas a los sermones rutinarios donde los sacerdotes reiteran que “Cristo es la luz eterna”; hasta la modernidad, que se erige en nombre del iluminismo, las luces y la ilustración contra el oscurantismo y las sombras medievales, son lugares comunes en los cuales la luz está en el centro de los imaginarios sociales.

El siglo de las luces, el iluminismo y la ilustración son los nombres para señalar la construcción de un saber científico tecnológico liberado del lastre del mito y la religión. Los precursores originarios de esta cosmovisión en la modernidad fueron, Francis Bacon en Inglaterra, con su magna obra “*El Novum Organum*”, en la que sustenta una propuesta epistemológica basada en el conocimiento empírico y el método inductivo, y René Descartes en Francia con “El Discurso del Método”, en el cual planteó el principio del conocimiento en la razón y el método deductivo como elementos fundamentales para la explicación racional del mundo; con ellos se inaugura la discusión moderna de la relación Sujeto – Objeto del conocimiento. Tanto en el Empirismo como en el Racionalismo la experiencia sensible es el centro y el origen de todo saber; así el hombre en su soliloquio se enfrenta a las exigencias que le impone su relación con la naturaleza. Aquí el saber se construye en lo terrenal humano sin la intervención de lo celeste divino:

“Las disputas religiosas son nocivas. La religión merece acatamiento, sí; pero no a la manera escolástica, que la vinculó con el saber. La intromisión de la ciencia en la religión lleva al ateísmo; la de la religión en la ciencia, a la fantasmagoría”⁹

Como el hombre no puede abandonarse de manera radical a su soliloquio, entonces los sistemas modernos crean los nuevo imaginarios masivos encargados de cohesionar a los miembros de los grupos humanos y para ello echan mano de la ideología de la división del trabajo social (Durkheim), y de...

“La ideología política que renueva la empresa mítica y religiosa de identificación de los Individuos al llamar a un grupo particular (un partido, una clase, una nación) a una acción determinada, delimita las fronteras del grupo y ha de crear los instrumentos de una magnificación de éste”.¹⁰

Las sociedades modernas fundan su razón de ser en el descentramiento del sujeto colectivo de las cosmovisiones mitológicas y religiosas escolásticas, para reivindicar al sujeto individual libre de las ataduras, de las ficciones y fantasmagorías a partir de la cuales se explicaba el mundo; para lograr este propósito ideológico, utilizan la falacia de “La igualdad ontológica de todos los hombres ante Dios” (Manheim), heredada del cristianismo católico y del libre albedrío de la reforma protestante:

“Es casi una burla para una población decir que todos los ciudadanos son iguales ante la ley, si no lo son ante la vida. ¿Qué dice la ley? Anatole France dijo en el siglo pasado (XIX): “Queda prohibido a ricos y pobres dormir bajo los puentes”. Desde luego, sólo les queda prohibido a los pobres, porque los ricos no se van a dormir bajo los puentes. Si no hay igualdad ante la vida, es algo que es necesario conquistar. Es una tarea; no se decreta: “Todos son iguales es una búsqueda”¹¹

El conocimiento positivo pretende liberarse del peso de las explicaciones religiosas del mundo, pero acude a ellas para legitimar su dominación ideológica:

“La iglesia y el positivismo tienden a fortificar la familia. La iglesia y el positivismo tienden a secundar a las autoridades políticas como vinientes de Dios o procedentes de las mejores leyes naturales. La iglesia y el positivismo son amigos de la tradición, del orden, de la patria y de la civilización. Para decirlo todo, la iglesia y el positivismo tienen enemigos en común”¹²

⁹ Bacon, Francis. El Novum Organum. Editorial Porrúa, México, 1980. Pág. XIV.

¹⁰ Ansart. Op. Cit. Pág. 103.

¹¹ Zuleta, Estanislao. Democracia y Participación. Revista de la Universidad del Tolima, Humanidades y Ciencias Sociales, Ibagué. Pág. 150.

¹² Unamuno, Miguel de. La Agonía del Cristianismo. Alonso Ediciones, Madrid. Pág. 60.